

“¿vir? ¿Dónde están las señales de tus trabajos?
 “¿Dónde están las injusticias que has padecido?
 “¿Dónde tus virtudes, las cuales solo podían dar-
 “le algún derecho para quejarte? ¿Qué ser-
 “vicios has hecho? ¿Qué bien has practicado? ¡Ah,
 “desdichado! no me presentas sino pasiones, ¡y
 “te atreves a censar al cielo! Después que ha-
 “yas pasado, como el padre Aubry, treinta años
 “de destierro sobre las montañas, no juzgarás
 “así de los designios de la Providencia; enton-
 “ces conoserás que nada sabes, que nada eres,
 “y que no hay castigos tan rigurosos ni males
 “tan terribles, que no merezca sufrir la carne
 “corruptida.”

“Los centelleantes ojos del viejo, su barba que
 “le llegaba al pecho y sus fulminantes palabras,
 “le hacían semejante a un Dios. Constatado con
 “la gravedad y majestad que describía, me eché
 “a sus pies pidiéndole perdón de mi arrebató. “Hi-
 “jo mío, me respondió con un acento tan dulce,
 “que el remordimiento penetró mi alma; hijo
 “mío, no es por mí por quien os lo reprendido.
 “¡Ah! tenéis mucha razón, mi querido; bien po-
 “co es lo que he venido a hacer á estos bosques,
 “y no tiene Dios un siervo mas indigno que yo.
 “Pero, hijo mío, al cielo, al cielo es al que no
 “debo negarme jamás. Perdonadme si os lo
 “ofendí, pero escuchadme á vuestra hermana.
 “tal vez habrá algún remedio; con que no perda-
 “mos las esperanzas. ¡Chactas! la religion que
 “hizo de la esperanza una virtud, es muy di-
 “vina.”

“Mi joven amigo, me dijo Atala, testigo has si-
 “do de mis combates, y sin embargo, no has vis-
 “to de ellos sino una parte muy pequeña, por-
 “que te ocultaba lo demás. El esclavo negro
 “que riega con sus sudores las abrasadas arenas
 “de la Florida, no es tan miserable como lo ha
 “sido Atala. Acosajadote que huyeses, y cierra-
 “ta sin embargo de que moriría si te alojabas do-
 “mí; temiendo huir contigo á los desiertos, y al
 “mismo tiempo ansiando respirar á la sombra
 “de los bosques. . . . ¡Ah! si solo se tratara de
 “dejar á mis parientes, amigos, patria, y aun
 “(cosa espantosa) si solo se tratara de perder
 “mi alma. . . . Mas ¡oh madre mía! tu sombra,
 “tu sombra misma estaba siempre á mi lado,
 “echándome en cara sus tormentos. Oía tus
 “lamentos, y te veía abrasar en las llamas del
 “infierno. Mis noches eran penosas y llenas
 “de fantasmas; mis días sumamente tristes; el
 “rocío de la noche se secaba al caer sobre mi
 “abrasada cutis. Abría mis labios para respi-
 “rar las brisas, y estas, en vez de refrescarme,
 “se abrasaban con el fuego de mi aliento. ¡Qué
 “tormento el verte continuamente junto á mí,
 “lejos de los hombres, en unas profundas soleda-
 “des, y sentir en medio de los dos una barrera
 “invencible! Pasar mi vida á tus pies, servirte
 “como esclava, y disponer tu comida y cama en
 “el mas recóndito rincón del mundo, hubiera si-

“do para mí la suprema felicidad; ya tocaba á
 “esta, y no la podía disfrutar. ¿Cuántos desig-
 “nios he premeditado! cuántos sueños han salie-
 “do de este triste corazón! Fijando algunas ve-
 “ces mis ojos en ti, llegaba á formar deseos tan
 “insensatos como culpables: otras, deseaba fué-
 “ra senos los dos solos únicos vivientes del mundo,
 “y otras, sintiendo que una divinidad me dete-
 “nia en mis terribles arrebatos, deseaba verme
 “libre de esta divinidad, aunque cuando estrecha-
 “da entre tus brazos tuviese que rodar de abismo
 “en abismo con las ruinas de Dios y del mundo.
 “¿Lo diré? . . . Ahora mismo que va á absal-
 “verme la eternidad y voy á presentarme ante
 “el inexorable juez; en este mismo momento,
 “¡ay de mí! en que por obedecer á mi madre
 “veo con gusto que mi virginidad me quita la
 “vida, conozco que por una terrible contradic-
 “ción llevo conmigo el pesar de no haber sido
 “tuya.”

“Hija mía, la interrumpió el misionero, es ex-
 “traña vuestro dolor. Pocas veces es justa la
 “excesiva pasión á que os entregais; es tambien
 “poco natural, y por lo mismo es menos culpable
 “á los ojos de Dios, porque es mas bien un
 “extravío del entendimiento que un vicio del co-
 “razón. Es preciso, pues, alejar de vos unos in-
 “pulsos que no son dignos de vuestra inocencia.
 “Pero tambien, hija mía querida, vuestra impe-
 “tuosa imaginación os asustó demasiado acerca
 “de vuestros votos. La religion no exige de nos-
 “otros sacrificios mas que humanos. Sus sen-
 “timientos verdaderos y sus moderadas virtudes
 “son muy superiores á los sentimientos exalta-
 “dos y á las virtudes forzadas de un supuesto
 “heroísmo. Si os hubiérais extraviado, ¡ay po-
 “bre oveja descarriada! el buen Pastor os hu-
 “biera buscado para volveros al rebaño. Teni-
 “ais abiertos los tesoros del arrepentimiento.
 “Para borrar las culpas delante de los hombres
 “se necesitan arroyos de sangre; para borrarlas
 “delante de Dios, basta una sola lágrima. Tran-
 “quilizaos, pues, querida hija mía, tranquilizaos,
 “que vuestra situación necesita de quietud: diri-
 “jámonos á Dios, que sabe curar las llagas á sus
 “siervos. Si es digno, como lo espero, sacaros
 “de esta enfermedad, escribiré al obispo de Que-
 “bec, que tiene los poderes necesarios para re-
 “lejar vuestros votos, como puramente simples,
 “y acabareis vuestros dias junto á mí con vus-
 “tro esposo Chactas.”

“Al oír estas palabras del viejo, se apoderó de
 “Atala una convulsión general que solo la dejó
 “para dar señales de un agudo dolor. “¿Pues qué,
 “dijo ella juntando sus dos manos con ternura,
 “habia para esto algún remedio? ¿Se podían
 “relajar mis votos?” “Sí, hija mía, le respon-
 “dió el padre.” “Es demasiado tarde, es de-
 “masiado tarde, contestó ella, y es preciso mo-
 “rir cuando sé que podía ser feliz! ¿Que no hu-
 “biera yo conocido antes á este virtuoso anciano!

“¿Qué feliz sería hoy contigo, con Chactas ya
 “cristiano. . . . consolada, asegurada por este
 “sacerdote agusto. . . . en este desierto. . . .
 “para siempre. . . . ¡ah! esta hubiera sido dema-
 “siada felicidad para mí.” “Sostégate, la dijo
 “cogiéndome una de sus manos; sostégate, que no
 “tardaremos en disfrutar esta felicidad.” “¿Je-
 “mas, ¡mas! respondió Atala.” “¿Cómo! la
 “repliqué yo.” “¿Aun no lo sabes todo, repuso
 “alla. Ayer. . . . durante la tempestad. . . . yo
 “iba á violar mis votos y á sepultar á mi madre
 “en las llamas del abismo: ya estaba sobre mí su
 “maldición; ya menta al Dios que me salvó la
 “vida. . . . Cuando besabas mis trémulos labios,
 “¡no sabias que no abrazabas sino á la muerte!”
 “¡Oh cielo santo! dijo el misionero: ¡qué es lo
 “que habeis hecho, hija mía?” “Cometer un
 “delito, padre mío, respondió Atala con los ojos
 “espantados; pero sola yo me perdía salvando á
 “mi madre.” “Acaba pues, exclamé lleno de
 “espanto, acaba.” “¿Ay de mí! dijo ella, que
 “revelando mi flaqueza al dejar las cabañas, traje
 “comigo. . . .” “¿Qué es lo que trajiste? re-
 “puse horrorizado. . . .” “¿Un veneno?” dijo el
 “padre.” “Ya está en mi pecho,” replicó Atala.

“Se le cayó de la mano la luz al solitario; yo
 “cayo desmayado junto á la hija de Lopez; nos
 “estrecía el viejo en sus brazos, y todos tres en
 “tintebala mozcamos nuestros sollozos sobre esta
 “fúnebre cama.
 “¡Levantémonos! ¡levantémonos! nos dijo al
 “instante encendiendo una luz el valeroso ermi-
 “taño. No perdamos unos momentos tan pre-
 “ciosos. Intrepidos cristianos, despreciamos los
 “asaltos de la adversidad: con una soga al cuello
 “y cubierta la cabeza de ceniza, arrojémonos á
 “los pies del Altísimo para implorar su clemen-
 “cia ó para someternos á sus decretos; tal vez
 “tendremos aun tiempo. Bien padistéis, hija
 “mía, habrémoslo dicho ayer tarde.”
 “¡Ah! padre mío, respondió Atala, os busqué
 “a noche pasada; pero el cielo en castigo de mis
 “culpas os alojó de mí. Cualquiera soorore por
 “otra parte hubiera sido inútil, porque sin em-
 “bargo de que los mismos indios son tan hábiles
 “en los venenos, no conocen remedio para el que
 “tomé. ¡Oh Chactas! juzga cuál sería mi es-
 “panto cuando vi que el efecto no era tan pronto
 “como lo esperaba! Redoblé mi amor las fuer-
 “zas, y no pude mi alma separarse tan pronto
 “de ti.”

“No fueron solamente los sollozos que in-
 “terrupieron la relacion de Atala, sino tambien
 “aquellos furores que conocen solo los salvajes.
 “Me revolqué furioso por el suelo, torciéndome los
 “brazos y mordiéndome mis manos. El viejo sa-
 “cerdote, con una maravillosa ternura, prodigando
 “mi socorros desde el hermano á la hermana, sin
 “embargo de la calma de su corazón y el peso de
 “sus años, sabía hacerse inteligible á nuestra ju-
 “ventud, y su religion sublime le suministraba

acentos mas tiernos y mas ardientes que nuestras
 “mismas pasiones. Este sacerdote, que por espacio
 “de cuarenta años se habia sacrificado diaria-
 “mente en aquellas montañas al servicio de Dios y
 “de los hombres, ¿no te acuerdas los holocaustos
 “de Israel, humeando perpetuamente en sus altars
 “debante del Señor?”

“¡Ah! en vano procuraré aplicar remedios á los
 “males de Atala. Su fatiga, su tristeza, el veneno,
 “y una pasión mucho mas mortal que todos los ve-
 “nenos juntos, se reunían para arrebatar esta flor
 “á la soledad. Manifestárouse por la tarde unos
 “síntomas malignos; se entorpecieron todos sus
 “miembros, y empezaron á enfriarse las extremi-
 “dades de su cuerpo: “Toca mis dedos, me decía,
 “¿no los sientes helados?” Yo no sabia qué res-
 “ponderla, y se me criaban de horror los cabellos.
 “Después me dijo: “Ayer, querido mío, tu solo
 “tacto todavía me hacia estremecer; pero ahora
 “ya no siento tu mano; apenas percibo tu voz,
 “y van desapareciendo sucesivamente á mi vista
 “todos los objetos de la tierra.” “No son pájaros
 “los que cantan? ¿Ya á ponrarse ahora el sol?
 “¡Chactas! ¡qué hermosos parecerán sus rayos
 “en el desierto sobre mi sepulcro!”

“Conociendo Atala que nos hacían llorar sus
 “palabras, nos dijo: “Perdonadme, mis buenos
 “amigos, soy muy débil, mas puede suceder que
 “me convierta en otra mas fuerte. . . . No oba-
 “tante, ¡morir tan joven, tan pronto, cuando mi
 “corazón estaba tan lleno de vida! ¡Jefe de la
 “oración, ten compasión de mí: sostenme. ¿Crees
 “que mi madre esta contenta y que Dios me per-
 “dona lo que he hecho?”

“Hija mía, le respondió el buen religioso ven-
 “tiendo lágrimas que enjugaba con sus trémulos
 “y mutiladas manos; hija mía, todas vuestras
 “desgracias nacen de vuestra ignorancia: vus-
 “tra educación salvaje y la falta de instrucción
 “necesaria, son las causas de vuestra perdición:
 “ignorabais que una cristiana no puede disponer
 “de su vida. Consoladme, pues, mi oveja queri-
 “da, consoladme. Dios os perdonará por la seneci-
 “dad de vuestro corazón. Vuestra madre y el
 “imprudente misionero que la dirigió, han sido
 “mas culpables que vos; se excedieron en sus fa-
 “cultades arrojándose un voto indistreto; pero
 “sea con ellos la paz del Señor. Todos tres ofen-
 “deis un terrible ejemplo de los peligros del en-
 “tusiasmo y de la falta de luces en materia de
 “religion. Sosegad, hija mía; el que sonda los
 “rinones y los corazones, os juzgará segun vus-
 “tras intenciones, que eran puras, y no sobre
 “vuestra accion, que es criminal.”

“Por lo que toca á vuestra vida, si llega prom-
 “to el momento de dormir en el Señor, ¡ah! mi
 “querida hija, ¡qué un poco perdís perdiendo
 “el mundo! Sin embargo de la soledad en que
 “habeis vivido, concioistis muy bien los disgus-
 “tos. ¿Qué pensarais, pues, si hubiérais sido
 “testigo de los males de la sociedad, y si llegas-

do á las costas de Europa hubiérais oído el continuado grito del dolor que se levanta en aquella antigua tierra? Los habitantes de las cabanas y de los palacios tienen todos que sufrir y gemir en este mundo: también se ha visto llorar á las reinas como á unas miserables mujeres, y causa espanto ver la cantidad de lágrimas que encierran los ojos de los monarcas!

«¿Es por ventura vuestro amor el que sentís? En este caso, hija mía, sería también preciso llorar un suspiro. Conocéis acaso el corazón del hombre ó podéis contar las inconsistencias de sus deseos? Primero calcularías el número de las olas que arrolla el mar en una tempestad. ¡Atala! los sacrificios y los beneficios no son lazos eternos: llegaría tal vez un día en que el disgusto sucediese á la hartura: se contarían por nada lo pasado y no se conocerían sino los disgustos de una unión pobre y despreciada. Los mas bellos amores, hija mía, fueron sin duda alguna los de aquel hombre y mujer que salieron de la mano del Criador. Para ellos se había formado un paraíso: eran inocentes é inmortales, y como perfectos en alma y cuerpo, se convenían en todo. Eva había sido criada para Adán y Adán para Eva; y si ellos no han podido conservarse en aquel estado dichoso, ¿qué matrimonios podrán estarlo? No os hablaré de los de los primeros hombres, de aquellas uniones inefables, cuando la hermanidad se casaba con su hermano, cuando el amor y amistad fraternal se confundían en un mismo corazón, y cuando la pureza del uno aumentaba la de las delicias del otro. Todas estas uniones padecieron turbaciones: se introdujeron los colos en el altar de espaldas donde se sacrificaba un cabrito; reinaron también en la tienda de Abraham y en las mismas camas donde los patriarcas disfrutaban tanta alegría que olvidaban la muerte de sus madres.

«Os engañaréis, hija mía, si pensáis ser mas inocente y mas dichosa en vuestros lazos, que las santas familias de que Jesucristo se dignó ser descontento. Omito las circunstancias de los cuidados de los padres, las disputas, los disturbios, las inquietudes y todas las penas secretas que volan á la cabecera del talamo conyugal. La mujer se casa llorando y renueva sus dolores cada vez que es madre. ¡Cuántos males se experimentan en la sola pérdida de un recién nacido si muere sobre el seno de la madre al aplicarle el pecho! La montaña estaba llena de gemidos y nadie podía consolar á Raquel en la pérdida de sus hijos. Las amarguras unidas á las ternuras humanas son tan fuertes, que no pocas veces he visto en mi patria señoras principales, queridas de reyes, que dejaron la corte para sepultarse en los claustros y sujetar la carne rebelde, cuyos placeres están llenos de dolores y sentimientos.

«Pero me diréis tal vez que estos últimos ejem-

«plos no os han comprendido, porque toda vuestra ambición se reduce á vivir en una oscura cabana con el hombre que habiais elegido; que no buscabais tanto las dulzuras del himeno, cuanto los encantos de aquella locura que la juventud llama amor. ¡Ilusión, quimera, vanidad y sueño de una imaginación viejada! Yo mismo, hija mía, yo mismo conocí tambien las borrascas del corazón; esta cabeza no estuvo siempre calma, ni este pecho tan tranquilo como os lo parece hoy. Dad crédito á mi experiencia: si el hombre, constante en sus afectos, pudiera conservar un sentimiento perpetuo, si duda alguna la soledad y el amor le igualarían al mismo Dios, pues son estos los dos eternos placeres del Supremo Ser. Pero el alma del hombre se cansa y no ama jamás por mucho tiempo un mismo objeto con plenitud. Hay además algunos puntos donde no se unen dos corazones, y estos puntos son suficientes, á largo tiempo, para hacer la vida insostenible.

«Finalmente, querida mía, el mayor engaño de los hombres en el sueño de su felicidad, es olvidar esta enfermedad de la muerte que está unida á su naturaleza; es preciso morir. Tan pronto ó temprano, sea cual fuere vuestra felicidad, ese hermoso rostro había de tomar aquella figura uniforme que es el sepulcro á la familia de Adán: los mismos ojos de Chaetas no os conocerían entre vuestras compañeras de tumba. El amor no extiende su imperio sobre los eganos de su fétetro. Pero ¿qué digo? (yo perdí la vanidad de vanidades!) ¿Qué hablo yo del poder de las amistades de la tierra! ¿Queréis conocer su extensión? Si volviera un hombre á este mundo después de algunos años de muerte, dudo lo volviesen á mirar con alegría aquellos mismos que mas lloraron su muerte.

«Tan breve se forman otros lazos! tan fácilmente se adquieren otras costumbres! tan natural es al hombre la inconstancia! tan poco interesa nuestra vida al corazón de nuestros amigos!

«¿Dad pues las gracias, hija mía, á la bondad divina, porque os saca tan pronto de este valle de miserias. Ya os está preparando sobre las nubes el vestido blanco y la resplandeciente corona de las vírgenes; ya estoy oyendo á la Reina de los ángeles que os dice: «Ven, mi digna sierva, ven, paloma mía, ven á sentarte sobre un trono de candor, entre todas las vírgenes que sacrificaron su hermosura y juventud al servicio de la humanidad, á la educación de los hijos y al ejercicio de la penitencia. Ven, rosa mística, á descansar sobre el seno de Jesucristo: ese fétetro, que es la causa principal que habéis escogido, no será onagrono de vuestro celestial esposo y jamás tendrán fin sus abrazos.»

«Así como abate los vientos el último rayo del día y esparea la calma por el cielo, del mis-

mo modo la apacible palabra del anciano calmó las pasiones en el seno de mi amante. No pensaba al parecer sino en mi dolor y en los medios de hacerme superior su pérdida. Unas veces me decía que moriría dichosa si la prometía engajar mis lágrimas; otras me hablaba de mi madre y de mi patria; y procurando de este modo distraerme del dolor presente, me renovaba otro pasado. Me exhortaba á la paciencia y á la virtud. «No seréis siempre desgraciado, me decía: si te prueba hoy el cielo, es solamente para hacerte mas compasivo de los males ajenos. El corazón de Job Chaetas es como aquellos árboles que no dan su bálsamo para las heridas de los hombres sino cuando sufren la incisión del «hiero.»

«Después de haberme hablado así, se encerraba el monedero, esperando de su boca aquel mismo alivio que ella me hacia experimentar, y ya consoladora, ya consolada, daba y recibía la palabra de vida sobre el lecho de la muerte.

«El celo del ermitaño se aumentaba continuamente. Todos sus huesos parecían reanimados con el fuego de la caridad: al mismo tiempo que preparaba remedios, encendía la lumbre y refrescaba la cama, hacia admirables discursos acerca de Dios y de la felicidad de los justos. Con la antefacha de la religión en la mano, parecía ir delante de Atala al sepulcro, para mostrarle en él ocultas maravillas. La humilde gruta estaba llena de la grandeza de esta muerte cristiana, y los espíritus celestiales estaban atentos sin duda á esta escena, donde solo la religión luchaba contra el amor, contra la juventud y contra la muerte.

«Triunfaba esta religión divina, cuya victoria se conocía por una santa tristeza que se seguía en nuestros corazones á los primeros arrebatos de las pasiones. Como á media noche, parecía se hallaba Atala con mas animo para repetir algunas oraciones que rezaba el religioso al lado de su cama. Poco tiempo después me alargó la mano y con una voz que apenas se percibía, me dijo: «Hijo de Otualissi, te acuerdas de aquella primera noche que me tuviste por la virgen de los últimos amores? ¡Oh presagio singular de nuestro destino! Desvívese un poco y significó después diciéndome: «Cuando pienso que voy á dejarte para siempre, haces mi corazón un escaño tan grande para vivir, que me siento caído en disposición de hacerme inmortal á fuerza de amor. Pero ¡oh Dios mió! hágame vuestra voluntad.» Calló Atala por algunos instantes y prosiguió después: «Solo me falta pedirte perdón de los males que os he ocasionado; os he atormentado con mi orgullo y mis caprichos. Chaetas, un poco de tierra que echéis sobre mi cuerpo, va á poner un mundo entero entre los dos, y á librarlos para siempre del peso de mis desgracias.»

«Perdonaros yo! la respondí anegado en lá-

grimas: ¿no soy yo el que os acarreé tantas desdichas? «Amigo mio, me replicó ella interrumpiéndome, me habeis hecho tan feliz, que si tuviera que comenzar de nuevo la vida, preferiría siempre la satisfacción de haberos amado por algunos instantes en una desgracia, de desestierro, á toda una vida de descanso en mi patria.»

«Extinguióse aquí la voz de Atala: esparciéronse por sus ojos y boca las sombras de la muerte: sus dedos errantes andaban como palpando alguna cosa; conversaba en voz baja con los espíritus invisibles, y haciendo un esfuerzo, procuró, aunque en vano, desatarse de su cuello el poponzo Crucifijo: mandóme á mi que lo desatase, y me dijo:

«La primera vez que te hablé junto á la hoguera, viste á su luz brillar esta cruz sobre mi seno: esta es la única alhaja que tiene Atala. López, tu padre y mio, la envió á mi madre cuando yo nací. Recibe, pues, de mi esta herencia, ¡oh hermano mio! y consérvala en memoria de mis desgracias. En los disgustos de tu vida podrás recurrir á este Dios de los desgraciados. Chaetas, tengo una suplica que hacer y sera la última. Amigo mio, nuestra unión sobre la tierra no podía ser sino muy corta, pero hay después de esta vida otra mucho mas larga. ¿Qué terrible cosa sería verme soportada de tí para siempre! Hoy no hago mas que ir delante de tí para aguardarte en el reino celestial. Si me has amado, haz que te insistan en la religión cristiana que preparó nuestra reunión y obra á tu presencia un gran milagro haciéndome capaz de dejarte sin morir en las congojas de la desesperación.

«Yo, Chaetas, me contento solamente con una simple promesa, porque soy muy bien lo que osuesta un juramento para exigirle de tí. Tal vez este voto te separaría de alguna mujer mas dichosa que yo... ¡Oh madre mía! perdona á tu hija. ¡Oh Virgen santa! deténad vuestra cólera. ¡Dios mió! yo vuelvo á caer en mis flaquezas y os robo unos pensamientos que solo debería emplear en vos.»

«Penetrado de dolor, prometí á Atala abrazar la religión cristiana. Viendo esto, se levantó el solitario con un aire inspirado, y extendiendo sus brazos hacia la bóveda de la gruta, exclamó: «Ya es tiempo de invocar aquí el nombre de Dios.»

«Apenas habia pronunciado estas palabras, cuando una fuerza sobrenatural me obligó á ponerme de rodillas é inclinar la cabeza al pié de la cama de Atala. Abre el sacerdote un cajón secreto donde estaba metida una urna de oro, cubierta con un velo de seda; se postra, y la abraza profundamente. Iluminóse de repente la gruta; oyéronse por los aires las palabras de los ángeles y los sonidos de las arpas celestiales, y cuando el solitario sacó de su tabernáculo el vaso sagrado,

creí ver salir al mismo Dios del hueco de la montaña.

“Abrió el cáñil el sacerdote, tomó entre sus dedos una hostia tan blanca como la nieve, y se acercó á Atala pronunciando palabras misteriosas. Tomó esta santa mujer levantados los ojos al cielo como en éxtasis: parecía que habían callado todos sus dolores y que su vida toda se había reunido en su boca: se estrecharon sus labios acercándose con respeto á recibir el Dios que estaba oculto bajo aquel pan místico. Muy después de esto divino ruego un poco de algodón en un pediceo consagrado, y unió con él las sienes de Atala: miró por un momento á esta hija moribunda, y pronunció de repente estas severas palabras: “Sal, alma cristiana, sal, y vá á unirte con tu Criador!” Levantando yo entonces mi cabeza abatida, dije mirando al vaso donde estaba el vídulo santo: “Padre mío, ¿dará este remedio la vida á Atala?” “Sí, hijo mío, respondió el anciano cayéndose en mis brazos, la vida eterna.” Acababa de espirar Atala.

“Al llegar aquí, se vió Chaetas precisado por segunda vez á interrumpir su relación. Estaba inundado en lágrimas, y su voz no le permitía pronunciar más que algunas palabras que se le ahogaban en la garganta. Abrió su pecho el dios sacem, sacó de él el Crucifijo de Atala, y dijo: “Esta es la prueba de la adversidad!” (Oh René, ¿oh hijo mío! tú lo ves, pero yo no. Dime, ¿has padecido alguna alteración el oro después de tantos años? No percibes en él alguna señal de los mis lágrimas? No reconoces el sitio que tocó con sus labios aquella santa mujer? ¿Por qué no es ya cristiano Chaetas? ¿Qué frivolas razones de política y de patria le han mantenido hasta ahora en los errores de sus padres? No, no quiero diltarlo más; ya me está diciéndolo de la tierra: “Aguardas acaso á bajar al sepulcro para alzar una religión divina?” ¡Oh tierra! no me aguardarás ya mucho tiempo.” Luego que un sacerdote rejuvenezca en el campo, esta cabeza enaneada con las pseudumbres, espero reunirme á Atala.” Pero acabemos de contar lo que falta de mi historia.

LOS FUNERALES.

“No me detendré, oh René! en pintarte la desesperación que se apoderó de mi alma cuando dió Atala el último aliento. Necesitaría para ello más calor del que tengo, y sería necesario que mis ojos cerrados pudiesen volver á ver el sol; para pedirle cuenta de las lágrimas que derramaron á su luz. Si, primero se cansará de alumbra las soledades del Kentucky esa luna que brilla ahora sobre nuestras cabezas, y suspenderá la corriente de sus ondas el río que conduce ahora nuestras piraguas, que deje yo de verter lágrima

por Atala. Por espacio de dos días enteros quedé insensible á los discursos del ermitaño. Para calmar mis penas, aquel excelente hombre no se valía de las vanas razones de la tierra; solo se contentaba con decirme estrechándome entre sus brazos: “Hijo mío, esta es la voluntad de Dios.” No hubiera creído jamás, á no haberlo experimentado por mi mismo, se encerrase tanto consuelo en estas pocas palabras del cristiano resignado.

“La ternura, la unción y la inalterable paciencia del anciano siervo de Dios, vencieron por fin la obstinación de mi dolor. Yo mismo me arrojé de las lágrimas que le lucían derramar. “Padre mío, le dije, ya basta; no es razón que perturban la paz de vuestros días las pasiones de un joven. Dejádme llevar los restos de mi amante; los sepultaré en un rincón del desierto, y si todavía quedo condenado á vivir, procuraré hacerme digno de aquellas bodas eternas que Atala me ha prometido.”

“A esta tan inesperada vuelta de valor, se sobresaltó de gozo el buen padre, y exclamó: “Oh sangre de Jesucristo, sangre de mi divino Maestro! en esto reconozco tus méritos. Espero confiado que salvarás á este joven. ¡Dios mío! acaba tu obra; restituye la paz á esta alma atribulada, y no dejes de sus desgracias más que “humildes y tíltes recuerdos.”

“Este hombre justo no quiso entregarme el cuerpo de la hija de Lopez, proponiéndome que vendrían sus nequicias á enterrarla con toda la pompa cristiana. Yo me opuse á ello diciéndole: “Que las desgracias y virtudes de Atala habían sido desconocidas de los hombres, y de consiguiente su tumba, cavada furtivamente con sus manos y las mías, debía ocultarse en aquella “oscuridad.” Nos convenimos, pues, en ir la mañana siguiente, al salir el sol, á enterrar á Atala bajo el arco del puente natural, á la entrada de los bosquecillos de la muerte, é igualmente resolvimos pasar la noche en oración junto al cuerpo de tan santa mujer.

“Por la tarde trasportamos sus preciosos restos á una abertura de la gruta que miraba al Norte: los había envuelto el ermitaño en una pieza de lienzo de Europa que había heredado su madre, y era la única alhaja que le había quedado de su antigua patria; ya hacía mucho tiempo que la tenía destinada para su mortaja. Atala estaba colocada sobre unas matas de sensitivas silvestres; sus pies, cabeza, espaldas y una parte de su seno estaban descubiertos: se veía en sus cabellos una flor de magnolia ya marchita... la misma que yo había puesto sobre el lecho de la virgen para hacerla fecunda. Sus labios, como un botón de rosa cogido dos mañanas antes, parecían lánguidos y risueños: en sus blanquizimas mejillas se distinguían algunas venas azules: estaban cerrados sus hermosos ojos, juntos sus pechos modestos, y sus manos de alabastro apretaban sobre su co-

razon un Crucifijo de ébano: pendía de su cuello el escapulario de su promesa: parecía que la habían encantado el ángel de la melancolía y los sueños de la inocencia y la tumba. No he visto nunca una cosa más celestial: cualquiera que no supiese que había tenido vida esta vestal, la tendría por la estatua de la Virginitad dormida.

“El religioso no cesó de orar toda la noche, y yo estaba sentado silenciosamente á la cabecera de la fúnebre cama de mi querida Atala. ¡Cuán veces, cuando ella dormía, había yo sostenido sobre mis rodillas su encantadora cabeza! ¡Cuán veces me incliné sobre ella para percibir y respirar su aliento! Pero á la sazón no salía ruido alguno de su inmóvil seno, y en vano aguardaba yo que despertase la hermosura.

“Alumbra la luna en esta noche fúnebre con una luz opaca, y se presentó en medio de las tinieblas como una blanca vestal que venía á llorar sobre el fúnebre de una compañera suya. Al instante apareció por los bosques aquel gran secreto de melancolía que gusta descubrir á las viejas cenizas y á las antiguas orillas de los mares. De cuando en cuando metía el religioso un ramo florido en agua bendita, y sacudiendo después este ramo humedeado, perfumaba la noche con bálsamos del cielo. Otras veces repetía con tono anticuado algunos versos de un anciano poeta llamado Job, y decía:

“Pasé como una flor; me seguí como la yerba de los campos. Por qué se ha dado la luz á un miserable y la vida á los que están en la amargura del corazón?”

“Así cantaba aquel venerable anciano. Su voz grave y un poco armoniosa corría por el silencio de los desiertos. El nombre de Dios y del sepulcro salía de todos los ceos, de todos los torrentes y de todas las selvas. Los arrullos de la paloma de Virginia, la caída de un torrente en la montaña y el sonido de la campana que llamaba á los viajeros, se mezclaban de tal modo con estos éanlicos fúnebres, que parecía oírse en los bosquecillos de la muerte el coro lejano de los difuntos que respondía á la voz del solitario.

“A este instante se dejó ver una faja dorada que se formó en el Oriente. Chiblaban sobre las peñas los gaviotines y se metían las mareas en los huecos de los árboles: esta era la señal del enterramiento de Atala. Echó sobre mis hombros su cuerpo, é iba delante el ermitaño con un sazón en la mano. Comenzamos á bajar de Peña en Peña: la vejez y la muerte debilitaban igualmente nuestros pasos.

“Al ver al perro que nos había hallado en el bosque y que dando brincos de alegría nos enseñaba otro camino, empecé de nuevo á llorar. Unas veces los largos cabellos de Atala, juguete de las brisas de la mañana, extendían su dorado velo sobre mis ojos; otras, fatigado yo con el peso, me veía precisado á ponerle sobre el musgo, y sentarme para tomar aliento. Llegamos final-

mente debajo del arco del puente, que era el sitio que había señalado mi dolor. ¡Oh hijo mío! también me quedé en el ver á un joven salvaje y á un viejo ermitaño, puestos de rodillas uno frente de otro, cavando en un desierto con sus mismas manos un sepulcro para una pobre joven cuyo cuerpo estaba allí cerca tendido, en la seca madre de un torrente.

“Luego que concluimos nuestra obra, depositamos aquella hermosura en su cama de tierra. ¡Ah hijo mío! ¡qué diferente era la cama que había esperado yo preparar! Tomando entonces en la mano un poco de tierra y guardando un triste silencio, fijé por última vez mis ojos sobre el rostro de Atala, y eché el polvo del sueño sobre una frente de diez y ocho primavera. Vi desaparecer por grados las facciones de mi hermana y ocultarse sus gracias bajo el velo de la eternidad; su blanco pecho resolló por algún tiempo sobre la negra tierra, al modo que una aneada pez del medio de una oscura arrolla. “¡Lopez, exclamé yo entonces, mira como tu hijo “entierra á su hermana!” y acabé de cubrir á Atala con la tierra del suelo.

“Nos volvimos á la gruta, y comunicué al misionero el proyecto que había formado de quedarme junto á él; pero este santo ermitaño, que conocía maravillosamente el corazón del hombre, descubrió mi pensamiento y el ardor de mi dolor. “Chaetas, me dijo, hijo de Ontalissi, mientras que vivió Atala, os rogó que vivierais en estos desiertos; pero ahora que se ha trocado vuestra suerte, debéis pensar en salir á vuestra patria. Creadme, hijo mío, no son otros los dolores; es preciso que tengan fin tarde ó temprano, porque no es infinito el corazón del hombre, y es una de nuestras grandes miserias no poder ser por mucho tiempo desgraciados. Volvedos al Meschaché: id á consolar á vuestra madre, que os está diariamente llorando y necesita de vuestro apoyo. Hacedos instruir en la religión de vuestra querida Atala, cuando tengáis proporción, y acordados de la promesa que me habéis hecho de ser virtuosos y cristiano. Yo, yo mismo volveré aquí sobre el sepulcro de vuestra hermana... Marchad, hijo mío, marchad en la inteligencia de que Dios, el alma de vuestra amante y el pensamiento de vuestro decripto amigo os seguirán.”

“Tales fueron las palabras del hombre de la Peña. Su autoridad era demasiado grande, y muy profunda su salubridad para que yo no le obedeciese. A la mañana siguiente dejé á mi venerable huésped, que estrechándose sobre su corazón, me dió sus últimos consejos, su última bendición y sus últimas lágrimas. Pasé luego al sepulcro de Atala, pero quedé sorprendido al ver una pequeña cruz que se descubría sobre la muerte, del mismo modo que se percibe el mástil de un navío que naufragó. Me persuadí haber venido por la noche el solitario á orar junto

al sepulcro, y esta señal de amistad y religion de parte del viejo me hizo derramar abundantes lágrimas. Estuve tentado por descubrir el sepulcro para ver otra vez a mi amante, pero me contuvo un respeto religioso. Me senté en la tierra recientemente cavada, con el oculto apoyo de mis rodillas; y sostenida la cabeza en mi mano, quedé sepultado en la más profunda distracción. Allí fué, querido Bené, cuando por primera vez reflexioné seriamente sobre la vanidad de nuestra vida, y la mayor de nuestros proyectos. ¡Ah! hijo mío, ¿quién es el que no hace estas reflexiones? Yo no soy más que un cierto viejo, envejecido con los inviernos: mis años compiten con los de la corneja; mas ¡ay de mí! que a pesar de tantos días acumulados sobre mi cabeza y a pesar de la experiencia tan grande de la vida, aun no he encontrado hombre que no se haya engañado soñando felicidades, ni corazón que no tenga alguna llaga oculta. El mas sereno en apariencia se parece al pozó natural de la sístana Alichua, cuya superficie parece serena y cristalina; pero cuando se mira al fondo de esta tranquila fuente, se divisa un gran cocodrilo que mantiene el pozó en sus aguas.

“Después de haber pasado un día entero en aquel lugar de dolor, me dispuse a la mañana siguiente dejar al primer canto del peliccano aque-lla sepultura sagrada. Salí de allí como del término desde donde quería emprender el camino de la virtud. Por tres veces invoqué el alma de Atala; otras tres respondí a mis gritos el genio del desierto debajo del arco fúnebre: saludé después al Oriente, y descubrí a lo lejos en los senderos de la montaña al ermitaño que se dirigía a la cabana de algun desgraciado! Puesto yo de rodillas y abrazando estrechamente la sepultura, exclamé: “Duérme en paz en esta tierra extraña, ¡ay, joven desgraciada! En recompensa de tu amor, de tu desierto, y de tu muerte, vas a quedar abandonada hasta del mismo Chaactas!” Vertiendo entonces arroyos de lágrimas, me separé de la hija de Lopez, y salí con dolor de estos lugares solitarios, dejando al pie del monumento de la naturaleza otro mas angustoso, que fué el humilde sepulcro de la virtud.

EPÍLOGO.

Chaactas, hijo de Outalissi, el matche, contó esta historia al europeo Bené: los padres se le refirieron a sus hijos; y yo, lector mío, como viajero en tierras lejanas te contó fielmente lo que de ella me dijeron los indios. En esta narración he notado muchas cosas, a saber, la pintura del pueblo cazador y la del pueblo labrador; la religion que es la legisladora de los hombres; los peligros de la ignorancia y del entusiasmo religioso opuestos a las luces y al verdadero espíritu del Evangelio; los combates de las pasiones y de las virtudes en un corazón sencillo; y finalmente, el

triunfo del cristianismo sobre el mas feroz sentimiento y sobre el mas terrible miedo, el amor y la muerte.

Al referirme esta historia un simulo, me pintó bastante instructiva y bella, porque pintó en ella la flor del desierto, la gracia de la cabana, y una sencillez tan natural para referir el dolor que no puede expresarse. Solo me faltaba una cosa que saber. Pregunté en qué habia venido a parar el padre Aubry, y nadie me pudo dar razón. Lo habiera ignorado siempre si la Providencia, que todo lo dirige, no me hubiera descubierto lo que deseaba. Ved aquí lo que pasó.

Ya habia corrido yo las orillas del Meschobé, que formaban en otro tiempo las barreras de la Nueva Francia, descaendo por el Norte la cascata de Niagara, que es la otra maravilla de este imperio, y habia llegado cerca de ella en el antiguo país de los agonizantes; cuando una mañana al atravesar una llanura dió una mujer que estaba sentada bajo de un árbol y tenía sobre sus rodillas un niño muerto. Me acerqué poco a poco a aquella madre joven, y oí que hablaba de este modo:

“Si te hubieras quedado entre nosotros, hijo mío querido, ¿con qué gracia manejaría el arco en tu mano? Con tus nerviosos brazos sujetarías los enfurecidos osos, y en los brazos de la montaña alcanzarías en la carrera al mas ligero corzo. ¡Bueno armijo de la pena, ¡tú tan joven al país de las almas! ¿Cómo te pondrás allá para vivir? No está allí tu padre para alimentarte con la caza. Tendrás frío y no hallarás un espíritu que te provea de pieles para cubrirte. ¡Ah! es preciso que me dé prisa a seguirte para cantarte canciones y darte mi pecho.”

Esta joven madre cantaba con una voz trémula, mecia al niño sobre sus rodillas, mojaba sus labios con la leche maternal, y prodigaba a la muerte todos los cuidados que se dan a la vida.

Queriendo secar el cuerpo de su hijo sobre las ramas de un árbol, segun costumbre de los indios, para llevarlo después al sepulcro de sus padres, desnudó al niño, y respirando algunos instantes sobre su boca, le dijo: “Alma de mi hijo, alma encantadora, tu padre te crió tiempo ha: ¿o por medio de un óculo sobre mis labios; y yo ¡ay de mí! no puedo con mis óculos darte la vida.” Descubrió después su seno, estrechando tanto sobre él su helado cuerpo, como se hubiera reanimado con el fuego del corazón materno si no se hubiera Dios reservado el sepulcro de la vida.

“Levantóse buscando con la vista algun árbol en cuyas ramas pudiese poner a su hijo, y erigió un acobuche cubierto de flores rojas y festoneado de guirnaldas de opio que exhalaba los mas suaves perfumes. Sujetó con una mano las

1 Los Iroqueses.

ramas inferiores, y con la otra colocó en ellas el cuerpo de su hijo: soltandolas después, volvieron estas a su posición natural, llevando consigo el despojo de la inocencia, cubierto con sus fragantes hojas. ¡Oh, cuán tierna es esta costumbre de los indios! Monumentos pomposos de los Cesáres, y os he visto en nuestros campos desolados, y no os prefiero a estos sepulcros aéreos del salvaje, a estos manojos de flores y verdura perforados por la abeja, meciéndose por el céfiro, donde el ruisenor hace su nido y deja oír su triste melodía. Pero si son los despojos de una joven a quien la mano de su amante colgó en el árbol de la muerte; si son los restos de un hijo querido a quien su madre depositó en la morada de las avechillas, entonces se aumenta mas el embleso. Yo me dirigí hacia la que gemía al pie del acobuche, la puse mis dos manos sobre la cabeza y di los tres gritos de dolor. Después, sin hablarnos, tomamos cada uno su ramo y empezamos a espantar los insectos que murmuraban al rodeador del cuerpo del niño; pero tuvimos cuidado de no espantar una paloma, cuyo nido estaba inmediato. “¡Alma mía, la di-que yo te he visto, si acaso no eres la alma de mi hijo que yo volado, sería sin duda una madre que busca materiales para hacer una cuna. Llévate esos cabellos que no volveré mas a lavar en el agua de la fuente: lívatelos para echar sobre ellos a tus hijos; ¡quiera el grande Espiritu cónservártelos!”

Sin embargo, la madre lloraba de alegría al ver la atención del extranjero. A este tiempo llegó un joven, que acercándose a nosotros la dijo: “Hija de Celuta, recoge nuestro hijo; no estaremos mucho tiempo aquí, saldremos mañana al primer sol.” “Hermano, le dije entonces, te deseo un cielo azul, muchas cabras, una capa de estor y la esperanza. ¿No eres por ventura el hijo de este desierto?” “No, me respondió el joven, somos unos desterrados y vamos a buscar una patria.” Al decir esto, incluyó el guerrero la cabeza sobre su pecho y con la punta de su arco dolaba las cabezas de las flores. Conoci que era lastimoso su historia y callé. Destó la mujer a su hijo de las ramas del árbol y lo dió a su esposo para que lo llevase. Entonces les dije yo: “¿Me permitis que encienda vuestra lumbre esta noche?” “No tenemos cabaña,” respondió al guerrero: si queréis seguirnos, nosotros nos acampamos en la orilla de la cascada.” Convento en ello, les dije, y marehamos juntos.

No tardamos en llegar a la orilla de la catarata, que se advertía por sus horribles bramidos. Formase del río Niagara, que sale del lago Erié y desagua en el lago Ontario; su altura perpendicular es de ciento cuarenta y cuatro pies. Desde el lago Erié hasta el Salto, baja rápidamente el río; pero cuando cae no parece sino un mar cuyos torrentes se comprimen en la boca de una

cueva. La catarata se divide en dos brazos y se encorva en forma de herradura. Entre las dos caídas se avanza una isla que está hueca por debajo y pendiente con todos sus árboles sobre la confusión de las ondas. La masa del río que se precipita hacia el Mediodía, se retondea en un vasto cilindro, desarrollándose después en sábana de nieve y brillando al sol con todos los colores. La que cae al Levante baja cubierta de una sombra tan espantosa que parece una columna de agua del diluvio; se encorvan y se cruzan sobre el abismo muchos arco-iris. Las ondas hien de espuma que se levanta sobre los botones como la llamarada de un grande incendio. Decoran esta escena muchos pinos, nogales silvestres y peñas cortadas que parecen fantasmas. Las agujas, arrastradas de la corriente del aire, bajan dando vueltas hasta el fondo de la cueva; y los caracajes se cuelgan con sus flexibles colas de la punta de una rama baja, para coger en el abismo los destrozados cadáveres de los dantas y de los osos.

Mientras contemplaba yo este espectáculo con un placer mezclado de terror, me dejaron los dos esposos. Los busqué subiendo a lo largo del río encima de la cascada y los encontré muy pronto en un sitio proporcional a su dolor. Estaban echados sobre la peña con unos viejos, cerca de algunos huesos humanos cubiertos con picos de bestias. Espantado de todo lo que por espacio de algunas horas estaba viendo, me senté junto a la joven madre y la dije: “¿Qué significa todo esto, hermana mía?” “Hermano mío, me respondió ella, esta es la tierra de la patria y estas las cenizas de nuestros abuelos que nos acompañan en nuestro desierto.” “Pues ¿cómo, la replicó, estás reducidos a tanta desdicha?” “Somos, me contestó la hija de Celuta, los re-ñidos de los natches. Después de la grande mortandad que hicieron los franceses en nuestra nación por venir a sus paisanos, los hermanos nuestros que escaparon de las manos de los vencedores, hallaron acogida entre los chibchas nuestros vecinos, donde estuvimos tambien nosotros tranquilos por algun tiempo; pero ya hace siete luras que se han apoderado de nuestras tierras los blancos de la Virginia, diciendo se las ha dado un rey de Europa. Levantamos entonces los ojos al cielo y cargando con las reliquias de nuestros abuelos nos pusimos en camino atravesando el desierto. Partí en el viaje, y como era mala mi leche a causa del dolor, quitó la vida a mi hijo.” Al pronunciar estas palabras la madre joven, enjugó sus ojos con sus cabellos y yo la acompañé al llanto.

“¡Ay, hermanos, le dije al instante, al grande Espiritu, pues todo sucedió por su orden. Todos somos viñeros, y nuestros padres lo han sido tambien como nosotros; mas hay un país donde descansaremos. Si no temiera tener la len-

“gu tan ligera como la de un blanco, os preguntaría si habíais oído hablar de Chaetas, el matehe.” A esta palabra me miró la india y me dijo: “¿Quién os ha dado noticia de Chaet, matehe?” “La sabiduría, respondí.” “Yo os diré, replicó la india, todo lo que sé, porque habéis espantado las moscas del cuerpo de mi hijo, y porque acabáis de pronunciar unas hermosas palabras acerca del grande Espritu. Yo soy la hija de la hija de René, el europeo, a quien Chaetas había adoptado por hijo. Chaetas, que había recibido el bautismo, y mi desgraciado abuelo René murieron juntos en aquella carnicería.” “El hombre va siempre pasando de un dolor á otro, la respuesta inclinándose. ¿Y no podréis darme también alguna noticia del padre Aubry?” “No ha sido mas afortunado que Chaetas, contestó la india. Los cheroquese, enemigos de los franceses, penetraron hasta su misión, guiados por el sonido de la campana que se tocaba para socorrer á los viajeros. El padre Aubry pudo salvarse, pero no quiso abandonar á sus hijos, y permaneció con ellos para esforzarse á morir con su ejemplo. Lo quemaron con grandes tormentos; pero jamás pudieron sacar de él una palabra que se dirigiese á deshonorar á su Dios ó á su patria. No cesó durante el suplicio de pedir al Señor por sus verdugos, y compadecerse de la suerte de las víctimas que miraba al rededor de sí. Desamando los cheroquese arrancarle una señal de fluidez, trajeron delante de él un salvaje cristiano á quien habían matado horriblemente. Pero quedáron sorprendidos al ver ponerse de rodillas á este joven y besar las llagas del viejo ermitaño, que le decía con un semblante sereno: ‘Hijo mío, á nosotros nos han hecho el espectáculo del mundo, de los angeles y de los hombres.’ Furiosos los indios le metieron en la garganta un hierro encendido para impedirle que hablase; entonces no pudiendo ya consolar á sus semejantes, espiró.

“Se dice que los cheroquese, sin embargo de estar acostumbrados á ver sufrir á los salvajes con constancia, no dejaron de confesar reconocimiento en el humilde valor del padre Aubry una cosa que no penetraban y excedía á todos los valores de la tierra. Muchos de ellos, admirados de su muerte se hicieron cristianos.

“Cuando volvió Chaetas algunos años después de la tierra de los blancos y supo las desgracias del jefe de la oración, fué á recoger sus cenizas y las de Atala. Atravesó el desierto, y llegó al paraje donde estaba situada la misión; pero apenas pudo reconocerlo. Había rebosado el lago, haciendo de toda la sábana una laguna intransitable. El puente natural se había arruinado, y sepultó bajo sus destrozos el sepulcro de Atala y los bosquecillos de la muerte. Anduvo Chaetas por algun tiem-

“po recorriendo aquellos sitios: visitó la gruta del solitario, que la halló llena de zarzas y frambuesos, y la ocupaba una cierva que daba de mamar á su cervatillo. Se sentó en la peña en que había espirado Atala, donde no halló sino algunas plumas de aves pasajeras. Mientras floraba allí, salió silenciosamente de entre unos matorrales vecinos la culebra doméstica del misionero, y se le enroscó en los pies. Chaetas acarició y calentó en su seno á esta antigua amiga, que había quedado sola en medio de aquellas ruinas. Contó tambien el hijo de Ontalies, que muchas veces á la entrada de la noche había percibido en aquellas soledades la sombra de Atala y la del padre Aubry levantarse con el vapor del crepúsculo, cuyas visiones le habían llenado de un religioso espanto y de una triste alegría.

“Después de haber buscado inútilmente el sepulcro del ermitaño y el de Atala, iba ya á abandonar aquellos lugares, cuando vió brillar delante de sí la cierva de la cueva, la cual se paró al pié de la cruz de la misión, que estaba casi cercada de agua: su madera estaba roída del musgo, y se colgaban de sus brazos carcomidos los pelicanos del desierto. Suspendió Chaetas que la agradecida cierva lo había guiado al sepulcro de su huésped. Cayó debajo de la peña que había servido de altar en tiempo de los sacrificios, y halló allí los despojos de un hombre y de una mujer. No dudó que fuesen los del sacerdote y los de la virgen, que acaso los ángeles habrían sepultado en aquel sitio: los envolvió en unas pieles de oso, volvió á tomar el camino del desierto, y llevó consigo aquellas preciosas reliquias, que sonaban sobre sus espaldas como la aljaba de la muerte. Las ponía por la noche á su cabecera y tenía sueños de amor y de virtud. ¡Oh extranjero! contempla aquí este polvo y el del mismo Chaetas.”

Al acabar la india estas palabras, me levanté, acercéme á las sagradas cenizas, me postré delante de ellas con silencio, y alejándome después á pasos largos, exclamé diciendo: “¡Ah! pesa sobre la tierra todo lo que fué bueno, virtuoso y sensible! ¡Oh hombre! solo eres un sueño rápido y doloroso; no existes mas que para ser desgraciado; y si eres algo, es por la tristeza de tu alma y eterna melancolía de tu pensamiento.”

Ocupéme toda la noche en estas reflexiones. A la mañana siguiente me dejaron mis huéspedes. Abrian la marcha los jóvenes guerreros y la cerraban sus esposas: llevaban los primeros las estimadas reliquias, y las segundas sus recién nacidos: caminaban los viejos en medio á paso lento, colocados entre sus abuelos y su posteridad, entre los recuerdos y la esperanza, la patria perdida y la que iban buscando. ¡Ah! ¡cuántas lágrimas turban la soledad cuando se abandona de

esta suerte la tierra nativa, y cuando desde lo alto de la colina del destierro se percibe por última vez la casa donde uno se crió, y el río de la cabaña, que continúa tristemente corriendo por medio de los solitarios campos de la patria!

¡Desgraciados niños á quienes ví vagar por los desiertos del Nuevo Mundo con las cenizas de

vuestros abuelos! ¡vosotros en quienes hallé la hospitalidad, sin embargo de vuestra miseria, ni aun eso poco os puedo prestar hoy, porque ando tambien errante, como vosotros, al capicchio de los hombres; y aun soy mas desgraciado en mi destierro, porque no traje conmigo los huesos de mis padres!

